

Muriel se encuentra arropada por los brazos de Maurice.

Toda su fortaleza se había venido abajo cuando en el taxi de vuelta había llamado a Manu para decirle que quería volver con él y éste le había contestado que no era posible porque ya estaba con otra.

Eso había representado para ella una puñalada de la que tardaría en recuperarse.

¡Qué crueldad!

¿Aquello era el amor con mayúsculas del que él hablaba continuamente?

Pues menuda mierda.

Al menos sentía que Maurice era su amigo.

La había invitado a comer, y lo cierto es que no cocinaba nada mal.

Sin embargo no se podría decir lo mismo de Manu, pues ahora se daba cuenta de que en diez años nunca le había preparado nada, ni siquiera un café.

Siguiendo el ejemplo de sus propios padres, simplemente por ser mujer, le había servido siempre de la mañana a la noche.

Ella pagaba el piso, compraba, cocinaba, limpiaba...

¡Menudo tirano machista!

Se suponía que ése era el trato, el hombre servía en la cama y la mujer en la casa.

¿Y ésa era la igualdad, la libertad y la fraternidad exaltada por la república de su país?

Ellos, dotados para la intelectualidad, se dedicaban al parloteo de café, igualitos que los moros, pero más sofisticados.

A cada hembra que pasaba por la acera, la devoraban con los ojos, pero si una quería que la besaran o acariciaran, tenía que doblegarse.

Aún así, una vez que tenían pareja, seguían yendo tras las otras como perros, o mejor como gallos, de ahí debía proceder el gentilicio galo.

Vivían sumergidos en una especie de pansexualidad servil.

La suya, y eso siempre lo repetía Manu, era una sociedad extremadamente burguesa donde la gente no estaba dispuesta a romper las barreras sociales mas que devorándose con los ojos.

Al menos allí, el sexo, dios de los ateos, fluía entre ellos, no como en España.

Aquí la gente se reprimía tanto que las miradas de los hombres resultaban enfermizas, como de psicópata.

Ella, que se vestía a la francesa, es decir muy femenina, notaba que, mas que amor, entre las hembras y los machos españoles existía una especie de odio visceral.

Al parecer consumían mucho alcohol, cocaína, y tenían una tasa bastante elevada de violencia de género.

En Francia también, aunque no se publicaban abiertamente los datos de mujeres asesinadas por sus parejas, y además se acusaba de ello a los emigrantes.

Decían que los musulmanes eran terriblemente machistas, pero había que ver a los franceses.

Se diría que frente a las mujeres tenían amputados los brazos, para así no ayudarlas con las tareas del hogar ni acariciarlas en la intimidad.

Lo cierto es que Manu sí le había progigado sus caricias.

Pero luego, para evitar colaborar, siempre tenía en sus manos un libro.

Nunca le faltaban, pues se dedicaba a robarlos, como su padre los cuadros, aunque por ello no nunca iría a la cárcel.

Otra cosa que le repugnaba, era su gusto obsesivo por la felación.

De hecho a esa práctica en español le llamaban francés.

Su próxima pareja tendrá que ofrecerle menos sexo y más ternura, también cocinar y limpiar igual que ella, pues en ello debería consistir el amor.

Así reflexiona mientras se encuentra arropada por los brazos de su amigo.